

José Lois Estévez

**UN LIBRO
SIN NOMBRE**

Nº Registro PO-7710/64
Tip. FARO DE VIGO
Déposito Legal VG-89/64

«Bufo el eunuco. Cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho encinta».

RUBÉN DARÍO

DEDICATORIA:

A cuantos se han escandalizado con mis faltas de respeto por la especialización, en nuevo desafío a sus "tabús" de mediocres, dedico lo que en este libro pueda haber de valioso.

PROLOGO

En un libro de poemas parece inapropiado escribir prólogos. Pero alguna vez, como en este caso, puede resultar aconsejable.

Desde hace muchos años he abrigado el propósito de publicar mis versos. Y nunca me he atrevido. Unas veces por no ver en ellos la calidad necesaria; otras por cierto miramiento hipersensible a exponer sentimientos íntimos a la curiosidad ajena. Después por la esclavitud, que he padecido largos años, de los opositores a Cátedras universitarias. ¡Bastantes cosas me perjudicaban ante los tribunales para añadirme, por mi mismo, el sambenito de un "extra" de poesías!

El tiempo, que puede con todo, ha acabado igualmente con mis diversas causas de abstención, y he osado, por fin, acaso con los desplantes de cierto resabio de timidez, espigar en el pasado algunas de las cosas que he ido escribiendo. Las más, datan de... muchos años. Sólo una que otra son de fecha relativamente reciente.

Como tengo la esperanza de que mis enemigos no me habrán de leer, he de ser franco, ya que en el coloquio confidencial entre amigos, se cuenta siempre con la disculpa y con la confianza.

*Casi todos los poemas de la colección llevan una dedicatoria **in pectore**. La razón de que no sea expresa estriba en mi creencia de que una atención sólo lo es cuando el éxito la acompaña.*

I

Sin artificio alguno,
con la verdad que albergas en el alma
la esencia acertarás de lo inasido.

Nada es ajeno a ti, todo te debe:
La belleza del mundo va en tus ojos,
por tu oído su música suspira
y la felicidad está en tu cielo
particular, al fondo de tí mismo.

¡Deja que se iluminen tus dulzuras
con esa luz que adormecer solías!
¡El universo espera de tu sueño
su creación, en un mágico espejismo!

¡Que en tí todas las cosas nazcan puras
y no las roce imperfección! ¡No mires
tan allá que naufragues en la bruma!
¡Donde quiebra tu paz, priva el vacío!
¡Fuera de tus fronteras no hay colores
y sólo allí la decepción habita!

¡Ten el valor de remontar a solas
las tinieblas que acechan tu camino:
el pensamiento es surtidor de estrellas
y más allá la eternidad te cita!

II

¿Fue presentir, fue sueño? Todavía
el alma es un suspiro prisionero...
Y ya no sé qué suave fantasía
da leve aviso a la ilusión que espero...

¿Habla el amor? (¡Ocúltate, alma mía!)
—¿Qué anuncias a mis ojos, mensajero?
No sé mi gozo de tu voz qué fía,
que atisba ya su luz en mi sendero!

¿Es ella, al fin? ¡Qué anhelo sin sentido!
Sin réplica, mi angustia en vano implora.
Ningún rumor despierta ante mi oído...

¿Qué pugna, pues, en la esperanza ilesa?
¿Quién vela tras la sombra que aún se ignora?
¿Qué enigma apagan, qué presencia es esa?

III

Rozó su alma en la mía
y ya vencido la miré. Callada,
ella me sonreía.
Su gesto, su mirada,
tenían franco acceso a mi ilusión.

Cediendo a su presencia,
ella!, me dijo no sé qué premura.
Una vaga influencia
latía con ternura
desde su seno para mí.

Su voz, ida al enigma,
ganó la intimidad e izó el deseo;
de bien ser paradigma,
siempre ante mí la veo,
ajena a toda decepción.

Delicias y adamares
dádivas son de su mirar seguras,
inmunes a pesares.
Con nuevas hermosuras,
sorprende cada vez al corazón.

La discreción la vela,
jugando en su donaire entretenida.
La música es su estela.
Y ella desprevenida
persiste en su sencillo sonreír.

Trasluce su faz pura
el halo de bondad que la embellece.
Su encanto es la dulzura.
Sensible, no entristece
sino diciendo adiós...

No hay otra como ella
y el corazón se va detrás. E implora
qué ojos tendrán su estrella,
quién gozará su hora,
ante qué umbral se detendrá su huella...

IV

*En la primera página de un libro
de música, destinado a ella.»*

Cuando tu mano, experta, presida la armonía,
cuando tus sueños francos en honda melodía
sean desde el piano resonancia y clamor
y, dóciles al yugo, los sonoros marfiles
desgranen en tus dedos confidencias sutiles
como las auras de una flor;

guarda en el alma entonces rumorosa y serena
la tímida alegría de tu mirada buena,
como el encanto y la ilusión;
que la bondad te diga su gracia transparente;
sus tenues sugerencias el labio sonriente,
divina paz el corazón.

V

¿Qué piensa suavemente tu sonrisa?
¿Qué busca tu delicia desplegada?
¿Con qué secreto tu bondad se avisa?
¿Qué sueños acaricia tu mirada?

¡Ve mi nostalgia, que ante tí se irisa,
mi amargura por tí tornasolada;
quédese tu mirada a mí sumisa;
duerma toda otra imagen encantada,

y ríndete a mi amor! Si tu presencia
deja en mi vida, temblorosa y llena,
el íntimo vislumbre de su esencia,

¡muéstrate ya sensible a la ternura,
porque cuando me miras dulce y buena
un presagio de Dios me transfigura!

VI

El aire de la música temblaba en nuestra vida,
estábamos a solas, en dulce intimidad;
teníamos los dos el alma conmovida
por una gran verdad.

Perdieron nuestros ojos toda imagen concreta,
una añoranza oscura nos vino a desvelar;
¡ya era presente y viva nuestra ansiedad secreta,
no hacía falta soñar!

Por un momento su alma se sorprendió en la mía,
mis ojos en sus ojos, que volvieron atrás...
La música expresaba lo que el amor sentía,
¿para qué hablarnos más?

No obstante, entrecortado, dije cuánto la amaba,
y ella, que lo sabía, se inundó de rubor;
con los ojos en lágrimas, ensoñando, callaba
e igual que en su silencio se concentró en su amor..

VII

¿Qué mensaje del bien, qué delicada
prisa de intimidad sigue tu huella?
¿Qué ternura retienes extasiada?
¿Qué adoración, qué imágenes con ella?

¿Te tienes siempre a tí? ¿Por eso inspiras
la placidez del pensamiento en calma?
¿Por eso suavemente cuando miras
se oye como una música en el alma?

Tu signo es la sonrisa y la dulzura,
gracia y bondad tu entorno transparente,
tu heraldo el sentimiento que nos llega...

¡Deja subir tu estrella hasta la altura!
¡Sé siempre tú, serena y sonriente,
mientras mi amor te adora y se enajena!

VIII

Pasa sin ruido el aire, cauteloso,
ruega silencio en un susurro el agua,
grietas de luz disipan sus temores
y duerme el mundo niño.

¡Ven, alma mía, para ver la aurora
ahumar de rosa los confines, ea;
pronto el paisaje hospedará gozoso
su gracia intimidada!

Súbito el bosque se echará en sonidos
a volar por el aire embalsamado,
se hará columpio cada flor al viento
y se reirán los pájaros.

¡Mira!, la luna el desprestigio teme
y llena y todo hacia el nadir se afana.
Molino a sol, el plácido lucero
su orgullo deshilacha.

¡Ven ya, mi amor, que por los montes suben
los entretantos trémulos del día,
chisporrotean sus perfiles nuevos
los picachos nevados.

Distiende un gallo su pregón austero,
la intimidad se va a romper. ¡No tardes!
Sendas hogueras cubren ya las cimas
de rubores fantásticos...

¡Sola tú faltas, corazón! Viniendo
tendrán sentido el día, el gozo, el agua.
Si no, la noche tragará mi sueño
y el mundo desolado!

IX

Alogos

Músico el bosque, hendido de alboradas,
ya suelto el sol e intacta el alegría,
nuevo todo en las cimas sonrosadas
y Dios y tú conmigo, vida mía...

La deslumbrada claridad del día
obre el alba después. Y en tus miradas
sugeridoras, otra luz: la mía,
llena de pesadumbres anheladas...

Juntos los dos, los ojos en los ojos,
y en inefables éxtasis el alma;
luego en tus labios prisas y sonrojos...

Y al fin, tras el ensueño del sentido,
la soledad de la floresta en calma,
mi corazón en Dios como en un nido.

X

Porque eres candorosa, porque tienes sumisa
al deseo de Dios la mirada serena;
porque tu compañía es como una sonrisa
y en tu palabra anida la bondad que te llena;

porque con fuerza suave retienes el cariño,
porque eres comprensiva y eres franca, porque
asomas a las cosas ingenuidad de niño,
en tanto que atesoras la ilusión y la fe;

por el sueño tranquilo que te ronda y fulgura,
porque eres abnegada, porque inspiras dulzura,
porque ofrendas tu vida con un amor sincero,

porque el secreto tienes con que todo se alcanza,
porque ignoras desdenes y sabes de esperanza,
por eso, por encima de todo amor, te quiero.

XII

¿Amor acorazado
de normas? ¡Eso no!
¡Guárdale siempre al tuyo
su sinrazón!

XIII

¡Sé que es un desafío a lo imposible
imaginar que eres perfecta!

¡Pero, aunque así concite al desengaño,
no sé sentir de otra manera!

XIV

Una emoción furtiva, un ansia leve
de amor tembló en el alma pensativa.
Un silencio cundió desconocido.
Y al eco de su gracia fugitiva
un sol caliente disuadió mi nieve,
un nuevo encanto agasajó mi oído.

¡Corrió toda mi vida tras su huella,
mi afán se hizo una cita con su boca,
fue mi suspiro lo que yo sin ella
y siempre su presencia me era poca!

¿Quedó en su aurora mi ilusión cautiva?
¿Sus ojos reflejaban mi pasión?
¿Por qué, entonces, la lágrima furtiva
y ese ensimismamiento, corazón?

¡Sutil melancolía vespertina,
bruma que su recuerdo en mí deslíe!
¡Cada anhelar tiene su propia espina
y el alma en su inquietud llora y se ríe!

XV

Lo que a tí te hace ser tú
nunca lo podrán saber.
Yo lo buscaba en mi vida...
Y en la tuya lo encontré.

El secreto está en tus ojos,
mas ellos lo celan bien.
Quienes los miran lo ignoran...
Y todos los quieren ver.

Un día a tus labios vino
y entonces di yo con él.
¡Sonrisas que lo eludían
no me lo hicieron perder!

¡Tú ya eras tú! ¡Las palabras
todas mudaban de ser!
¡Ya como yo te veía,
ninguno te podría ver!

Algo del enigma pende,
por algo que yo me sé.
Pero el que afane la clave,
se estrellará en tu desdén!

XVI

Hubo un rumor en el sendero,
¡qué dulce hacía!

Llega, mi amor, que sólo espero
tu compañía.

El pensamiento peregrino,
sin ley ni dueño,
en un viaje sin destino
Lo lleva un sueño.

Y él «como si» de la ventura
le habla al oído.
Está ensoñando tu hermosura
como dormido.

Nada son ya todas las cosas
en la conciencia,
sino nostalgias amorosas
de tu presencia.

¡Cuánto ilusiono dulcemente,
preso en tus huellas!
¿No he de quedar eternamente
viéndote en ellas?

¡No me apartéis de mi camino
con vuestro acento!

¡Se hizo con ella algo divino
mi sentimiento!

XVII

Cautivador el gesto, la mirada encendida
perdiéndose en el gozo de una emoción reciente,
su afán apresurándose—¿para esperar la vida?—
ya siempre así la veo cercana y sonriente.

La sencillez en torno busca su melodía,
despiertan sus maneras una ingenua añoranza,
no sabe que le deben su dulce compañía
y se abandona plenamente a la confianza.

Su encanto indescifrable no lo nubla una queja,
por sólo simpatía del alma se percata,
si al borde del suspiro los corazones deja
su serena influencia toda audacia recata.

Jamás frustra su trato la esperanza atisbada,
ni desmienten sus labios lo que deja entrever...
Con ella es imposible echar de menos nada
de lo que cada uno sueña en una mujer.
Por eso, al comprenderla, el alma iluminada
inspira en el deseo «¡quién la pudiera haber!».

XVIII

Era una melodía ingenua, dulce, sin ninguna
[complejidad,
que sólo por haberla ella entonado, guardaba desde
[entonces
recóndito mensaje para mí.

¡Aquella música me había permitido conocerla!
¡Bajo su son, de pronto, una mujer se había singularizado hasta ser *ella*!
¡Por eso aquella música nos parecía la nuestra,
como una dádiva para los dos solos!

¡Y un día me faltó: coincidiendo precisamente con su ausencia! Pugué por evocarla y traducirla en sonidos; pero en vano. Una impresión indefinida y poderosa, incitante de emotividad, apremiante y delicada a un tiempo, quería concretármese allá dentro, en sensaciones precisas y analizables. Era un soñar desesperado. Las reminiscencias musicales surgían sin contorno y sin medida, se sobreponían unas a otras, se extinguían y se renovaban; pero el alma sólo conseguía encontrarlas pasiva y ocasionalmente. ¡Faltaba la evocación apasionada que las resucitase para mí! En el silencio obscuro y patético; pero íntimamente confidencial que solía seguir al luminoso clamor de nuestra música, los sentimientos que encontraban por ella vida nueva fluían en el recuerdo ya sin orden. Como ecos de una voz conocida que no se acertara a descifrar. Como una voz amada que la distancia redujese a rumores...

Me andaba por el alma, sí, el enigma inviolable de su música; pero tan vagamente que era imposible de decir. Estaba allí, casi patente; pero de tal manera que al ir a pensar se perdía. ¡Y no logré rememorarla entonces, aun a pesar de ser para mí tanto! Significaba sentirla nuevamente a mi lado, cantando como aquella otra vez, para mí solo, de corazón a corazón...

Yo trataba de buscar su imagen. En el desvelo de sentirla lejos de mí, con la avidez de verla no la intuía. Y me faltaba la música para representármela en el alma, con el íntimo temblor de siempre!...

Antes que nuestra música, ella regresó. Cuando la vi a mi lado, quise sobre todo demandarle que la entonase para mí; pero en aquel instante ya la supe también: Brotaba de su presencia y de sus ojos y me inundaba con un son incontenible. ¡Qué amargura gozosa en su reencuentro! ¡qué inútil duplicado de ella misma!

XIX

¡Afiánzate en tu fe, Don Quijote, ingeniero
de nombres y de sueños, que aun cuando tu figura
desplazca y seas vencido y el escarnio postrero
se ensañe y te resista una realidad dura,

siempre te elevarás sobre el odio rastrero,
sobre la envidia inane que anularte procura!
¡Pronto barrerá el tiempo los mediocres! ¡Tú, empero,
cabalgarás eternamente hacia tu aventura!

¡Tus sueños indomables serán en otros vida,
tu amor desasistido jamás verá su ocaso,
perdurará tu fábula más que nuestras verdades.

Se hará tangible un día tu Arcadia presentida,
una ilusión peremne se estrenará a tu paso,
tu loco Clavileño sembrará eternidades!

XX

¡Hela en el ímpetu altivo
de un mar de montes alzada!
Tras rachas de muro y sima,
¡qué bien pareces Alhama!
Dos cristianos, caballeros,
que allí la miran lejana,
la codician con los ojos
y la mientan con la fabla.
—Capitán de Escaladores,
si aún te tientan las hazañas,
mira entre retos de piedra
la súplica de Granada.
Para llamar a Aragón
se ha empinado a la montaña.
¡Parece que tiene prisa
por devolverse a la patria!
Tras sus muros agresivos,
crispados para guardarla,
los moros que la retienen
dejan crecer su arrogancia.
¡Replica allí, Capitán,
al ultraje de Zahara,
cuya memoria me quema,
cuya vergüenza me mancha!
—¡Por Dios te juro, Señor,
que pronto habrás de gozarla!
¡Ya presiento tus pendones
cernirse allí como águilas!
—¡Tate, tate, Capitán,
que es desdeñosa la dama!
La fuerza no la cautiva,
aunque se dé de celada.
Los tutores que la curan
saben velar por su fama.
¡Buenos muros la guarnecen!
¡mejores brazos la guardan!
—¡Esquiveces de doncella

se rinden con una hombrada!
—¡No menosprecies guerreros
que han reducido a Zahara!
—¡Unos moros más o menos no
han de empañar mi palabra!
—¡No hay cobardes en sus filas
porque los engendra España!
Tan luego tus mesnaderos
hagan eco a sus miradas,
flechas, lanzas, hasta breñas
se erguirán soliviantadas.
— ¡Pues remilgos de esa guisa
no contendrán mis mesnadas!
¡Antes que esa cox de luna
reincida sobre la plaza,
mi fe te empeño, Señor,
que será tuya la Alhama!
Calláronse los cristianos.
De hito en hito la miraban.
Mientras Don Fernando, el Rey
suspira por desposarla,
ya cura Don Juan de Ortega
cómo trazar la escalada.

XXI

Le ve la Virgen, al hilar llena de prisa,
y el Patriarca como en éxtasis de amor...
Y resbalando por el huerto con la brisa
dejó perfumes, aleteos y rumor.

Asoma el alba, de puntillas, indecisa,
y se abre en torno, como el cáliz de una flor,
y en el arroyo cuyo son es una risa,
están las aguas empañadas de rubor.

Alucinando los confines asombrados,
como una pompa que se deja con pesar,
el sol emerge tras los cúmulos rosados
y se detiene cuidadoso de mirar:

¡Alegremente por los campos aromados,
se contemplaba al Niño-Dios jugar!

XXII

Corazón, no habrán llamado?
Esa insistencia gozosa,
¿qué le anuncia presurosa
al afán desalentado?
Celoso, vela el cuidado,
la añoranza persevera...
Si hubiera una voz, si hubiera
algún mensaje en la altura...
El alma intuye segura;
pero no sabe qué espera...

De pronto, ¿se ha roto el cielo?
¿Qué luz se esparce, es la luna?
Rumor de canción de cuna
recoge el aire en su vuelo.
Ansiedad, calma tu anhelo;
desvelo, déjate así.
¿Que son los Angeles? Sí;
pero aguarda corazón;
con tan violenta emoción
no sabe el alma de sí.

¡Qué bello el mensaje ha sido,
vamos al Pesebre ya!
Impaciente el alma está
y «un Niño nos ha nacido».
«Le veréis como en un nido».
¡Cuánta inquietud en la espera!
¡Ya sabe el alma qué espera
y ya no sabe de sí!
¡Un Niño ha nacido
y qué dulce estar a Su vera!

XXIII

Rebelde al ruego tácito en Tu boca,
y al conmovido adiós de Tu mirada,
aventurando halagos imposibles,
partí de Tu confín cuando el celaje,
contagiado de luz recién nacida,
maravillosas alucinaciones
con turbadora indecisión fingía.

¡Mira, Señor, apenas si Tus ojos
sabrán de padre conocerme ahora!
¡Lejos de Tí malbaraté mi vida
y en soledad la desventura es tanta!
¡Cuántas veces tenté desalentado
sustraerme a Tu amor, mas toda cosa
me reintegraba a Tí! Meciendo el aire
las hélices del bosque desvelaba
como una tierna confidencia Tuya.
Por los rumores frágiles del agua
me andaba Tu reír. Cuando el lucero,
indócil a la noche, resonaba
un invisible sol, ¿qué ausencia amarga
colgabas con amor de mi suspiro?

¡Fundieron al calor de Tu ternura,
Señor, todos los hielos de mi alma
y tiendo a Tí mi temeroso anhelo
rendido ya al dolor. Como a la ira
de un convulsivo mar insolentado,
serenen Tus palabras mis congojas
y de la pausa que a Tu voz suceda
hazme un resquicio para hablarte a solas!

¡Qué dulce era Tu influjo y Tu figura!
¡Qué decires los Tuyos, Mensajero,
cuando en los días únicos del mundo
dormías la fortuna en Palestina!
¡Con qué bondad calmabas el gemido

cuando la fe con hondo clamoreo
lastimaba, constante, Tus blanduras!
¡Eras del infortunio la primera
compasión que mirar; al desamparo,
nido de amor; Tu corazón sabía
transfigurar el alma desolada
y en el semblante que el dolor austera
con sólo un gesto propagar sonrisas!
¡Con cuánto afán los ojos desleídos
volaban hacia Tí, y el balbuceo
de los lamentos y el sollozo! ¡Toda
sobresaltada tempestad cedía
a la caricia azul de Tu mirada
o al signo amable de Tu rostro amigo!
¡Igual que pequeñuelo amedrentado
apura de la madre el tibio seno
para cobijo fiel de sus temores,
en la infancia feliz de mi deseo
soñaba yo volverme a Tus cuidados
y ser allí por siempre uno contigo!
¡Pero al sentirme en Tu presencia ahora
no sé ya más que desdecir flaquezas
y, echado ante Tus pies, dejar cohibida
la ofrenda de mi amor titubeante!
¡No ignoro Tu acogida sin reproche
para el hijo devuelto, no me cura
y agranda Tu bondad mi descarrío!

XXIV

¡Aún parece el cariño entre las gentes
la verdad decisiva para el alma!
¡Abdica el pesimismo! ¡Todavía!
le queda al mundo una esperanza!

XXV

Allá, sobre la cumbre iluminada,
soñando en paz paisaje y firmamento,
qué bien pareces al surgir, La Estrada,
tras la envoltura musical del viento!

Cerca, la fronda melodioso acento
tiende por tu ladera perfumada,
te ofrenda el agua su deslumbramiento
y el campo su bandera desplegada.

Tienes al horizonte la belleza
y en el vértice a Dios: norma y altura
conciertan en honor de tu destino.

¡Mira con fe al después, trabaja y reza,
tiempo y afán propician tu ventura
y en el confín se alarga tu camino!

XXVI

*Se sueña quién sabe qué,
se mira sin ver que hay,
se pierde el alma en un ay
desde que aquello se ve.
¿Cómo lo recordaré
lo que antes tuve ante mí?
Cuando en el Portal entré
al Niño y su Madre vi!*

Era de noche. Y hería
junta tanta claridad.
Milagros de suavidad
pasmaban la fantasía.
La Virgen se sonreía,
el Niño alzaba su anhelo.
Perfumándonos de cielo
los ángeles al pasar,
para vérselo besar
entrecortaban el vuelo.

¡Qué sensación de ventura
cuando entre caricia y mimo
ella lo tuvo al arrimo
de su faz rosada y pura!
Para premiar su dulzura
El se esfuerza en sonreír,
mas no sabiendo fingir
sus labios el aleteo,
le quedan como un deseo
que no se acierta a decir.

Ambos se miran a una.
La ilusión sus ojos ronda.
Pasa en silencio la onda
del amor que los aúna.
Afuera, envidia la luna
el brazo que al Niño mece;

su luz para asirlo crece;
pero se dobla a su peso...
Y el Niño, que sabe eso,
en sus ojos la guarece.

*Al Niño y su Madre vi,
cuando en el Portal entré.
Lo que antes tuve ante mí,
¿cómo lo recordaré?
Desde que aquello se ve
se pierde el alma en un ay,
se mira sin ver que hay,
se sueña quién sabe qué.*

XXVII

Pende en la Cruz, como ex voto sangriento,
desgarrando sin pausa pies y manos.

Lo lastiman dolores sobrehumanos
y más, Dios mío, vuestro apartamiento.

Muriendo así, bañado en el tormento,
caución a Vos y a mí congoja danos.

Ha vuelto, pues, Vuestros enojos vanos
y mi desvío tierno sentimiento.

Tornó hacia mí la ráfaga postrera
de ojos compadecidos y humillados
y el último destello de Su mente.

Si así ganar mi voluntad quisiera,
triunfó. ¡Y ya sé que el odio a mis
pecados es morir por Su amor eternamente!

XXVIII

¡Vela sobre tí mismo! El pensamiento
soberano de sí rompe en la altura.
Sublimado por él el sentimiento
en luminosa acción se transfigura.

La mente es el poder. No des al viento
ocio de ideas: su razón procura.
Todo pensar derecho a un solo intento
sabe encender el hecho que perdura.

Si un sueño pugna por rendir tu vida
o una canción te arrulla, ambos ignores.
Cada renuncia es madre y trascendida
ha de lograr eternizar sus flores.
Aurora es la victoria renacida
y amar un desvivirse a los dolores.

XXIX

¡Alzad los ojos a un cielo insólito
que el genio injerta de astros apócrifos:
Contemplad el osado *plus ultra*
que hoy doma la estela solar!

¡Gestas augustas legan al orbe
rusos y yankis en pugna espléndida
y la plena obediencia del cosmos
pregona su audaz vocación!

Allende el reto de nuevas órbitas
de un mundo cárcel rasgando el límite,
dilataron en altas empresas
el empuje del hombre hacia Dios.

Franqueado el techo de nubes fúlgidas,
y la envoltura gravitatoria,
ya desbordan la hazaña inaudita
de volverle a la luna la faz.

Ojos humanos han visto atónitos
por vez primera velas y humos
circundar el perfil palpitante
de mares que dora el cénit.

¡Ya no hay barreras ni vetos sórdidos,
todo allá es esto y el tiempo ahora,
es el hombre señor de su esfera
y hay estrellas que rigen por él!

¡Desde sus cimas, ojos al viento,
Gagarin sonda los horizontes:
dulcemente las costas atlánticas
se perfilan al tacto del sol!

«UN LIBRO SIN NOMBRE»

de José Lojs Estévez

se terminó de imprimir

en los talleres de

FARO DE VIGO

el día 31 de diciembre de 1964